



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

García Raya, Ma. Eugenia; Romero Rodríguez, Edward
La fascinación del descubrimiento. Medios de comunicación, actores y proceso de paz en Colombia
Revista de Estudios Sociales, núm. 6, mayo, 2000, p. 0
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500606>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La fascinación del descubrimiento. Medios de comunicación, actores y proceso de paz en Colombia*

Ma. Eugenia García Raya**

Edward Romero Rodríguez***

Introducción

El proceso de paz que comienza en Colombia entre el gobierno y la guerrilla de las Farc ha hecho visible el papel que los medios de comunicación pueden tener en medio de los conflictos armados internos, que por su propia naturaleza suponen un juego de interrelaciones cercanas y complejas entre medios y actores de ese conflicto. Un juego que nos muestra cómo la visión de los medios de comunicación como únicos espacios de construcción de opinión pública no se ajusta a la realidad.

Y son esas interrelaciones las que queremos estudiar en esta reflexión alrededor de cómo los diferentes actores (armados y no armados) construyen nuevas presencias en los medios y qué debates surgen de ello. Cómo las estrategias de guerra se entremezclan con las estrategias comunicativas gracias a viejos modos de presión y a las nuevas tecnologías, planteándole a los medios nuevos retos para la interpretación independiente de los conflictos. Cómo se construyen vocerías y víctimas legítimas por parte de organizaciones civiles mientras otras se agotan en el instante del dolor, o cómo se podría relatar el dolor de la guerra en nuestro país mediante narrativas periodísticas que vayan más allá del dolor individual y enlacen cuatro elementos fundamentales: el dolor, la memoria, la verdad y la justicia, siguiendo modelos usados en otros países de América Latina.

Este documento es el primer fruto de la investigación titulada "Medios de comunicación y conversaciones de paz en Colombia", adscrita al Departamento de Comunicación de la facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana de Bogotá, y que pretende constituir un espacio sistemático e independiente de investigación y discusión sobre la manera en que los espacios informativos están

dando cuenta de los procesos de conversaciones para resolver políticamente el conflicto armado que vive Colombia.

San Vicente del Caguán, nuevo espacio público

Con el comienzo del proceso de paz entre el gobierno colombiano y las Farc, los medios de comunicación han hecho visible para todo el país, sobre todo para el país urbano, a un actor cuyo acceso al espacio público mediático era prácticamente nulo desde 1990¹, especialmente en televisión. Desde noviembre de 1998, primeros días del despeje, los espacios informativos decidieron de manera generalizada convertir en interlocutores a las guerrillas de las Farc, el Eln y el Epl. Sin embargo, ya antes se había iniciado un cambio en el tratamiento informativo de la guerrilla, con la transmisión televisiva de la liberación de los militares retenidos tras la toma de la base de Las Delicias², al sur del país, que había estado precedida de una entrevista al comandante guerrillero responsable de la retención, publicada primero en un diario regional y más tarde en el noticiero AM-PM.

Pero es el despeje el que permite una nueva representación de la guerrilla en los medios de comunicación. Se ha podido ver a los guerrilleros patrullando o limpiando las calles de la zona de distensión, a sus comandantes dando declaraciones a los medios o reunidos con el presidente de la bolsa de Nueva York, los empresarios o los congresistas. Algo ha cambiado en la percepción de unos actores que ahora se vuelven concretos, con imagen y discurso, como pudo verse durante las transmisiones en directo de la instalación de la mesa de conversaciones el 7 de enero de 1999, o en las caricaturas políticas de los últimos meses en las que Pastrana y Marulanda caminan juntos. Esta visibilidad de las Farc ha hecho que, por ejemplo, esta agrupación deje de ser un todo homogéneo. Hace cuatro años era difícil que un ciudadano diferenciara bien a Alfonso Cano de Raúl Reyes. Hoy, los miembros principales del Secretariado de las Farc son visibles y diferenciables entre sí, e incluso algunos comandantes de bloque, como el comandante Jaira o Grannobles. Igualmente, aparecen nuevos elementos informativos con respecto a estos actores, como la fascinación de las cámaras

* Trabajo presentado en el XVII Congreso Académico de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación Social (Afacom), Bogotá, 21-23 de septiembre de 1999.

**Periodista. Magíster en Comunicación y cultura. Investigadora de la relación comunicación, política y conflicto.
egarcia@javercol.javeriana.edu.co

***Periodista. Especialista en Resolución de Conflictos y candidato a Magíster en Estudios Políticos. Investigador de la relación comunicación, política y conflicto.
eromero@javercol.javeriana.edu.co

¹ Año del ataque del ejército colombiano a Casa Verde, cuartel general de las Farc, y del comienzo de la estrategia de guerra integral del presidente César Gaviria.

² Véase al respecto "Silencios prudentes, protagonismos activos. Narración y medios de comunicación en el conflicto bélico. El caso de Las Delicias", en Germán Rey, Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas, Bogotá, Cerec, Fescol, Fundación Social, 1998, págs. 221-242.

durante la instalación de la mesa de conversaciones en enero de 1999 por las mujeres guerrilleras: las uñas pintadas que cargan el fusil, o la mujer guerrillera que mira su rostro en un espejo portátil.

Esto sin duda responde al hecho de que existe un territorio en el que este actor armado no está realizando acciones militares, lo que permite un acercamiento más tranquilo, y que es a la vez un territorio que simbólicamente implica un lugar de conversaciones y de visibilidad pública.

En este sentido, el despeje, más allá de sus implicaciones políticas, ha tenido un resultado que quizá los negociadores vislumbraron: el de constituir un espacio público que nos ha acercado a los actores del conflicto armado. Que ha cotidianizado un proceso hasta entonces lleno de palabras sin rostros, y se ha constituido en escenario nuevo de discusión en el país, así haya sido, como se verá más adelante, desaprovechado y a veces bombardeado por los medios de comunicación.

Un debate complejo: ¿quién tiene derecho a la visibilidad?

Luego una primera consecuencia del proceso de paz, desde el punto de vista de la comunicación y su sentido político, es que ha permitido de alguna manera que se cumpla una de las premisas del debate público: la convergencia en el espacio mediático de actores con posturas divergentes. Pero habría que plantear aquí dos reflexiones: una primera que tiene que ver con el derecho, más allá de la visibilidad, a la interlocución social, y con la complejidad de la naturaleza de los sujetos de ese derecho. Y una segunda, sobre las implicaciones en el conflicto armado de una cada vez más cercana y compleja relación entre los actores de la guerra y los medios de comunicación.

No todos actores al margen de la ley son iguales

Habría que preguntarse, en primer lugar, por el significado de la visibilidad de la guerrilla en los medios masivos de comunicación, que ha supuesto la inclusión de estos actores en los imaginarios cotidianos de las grandes ciudades hasta ahora más ajenas a la guerra (el Mono Jojoy ha pasado a ser un personaje citado en los chistes y conversaciones informales), y una mayor dificultad en la búsqueda de consenso por parte de los sectores contrarios a la negociación. Es una visibilidad que ha generado también inquietud en ciertos sectores asociados a los medios de comunicación, desde posiciones que a veces parecieran querer negar la posibilidad de un debate público en el que

todas las posiciones implicadas en el conflicto armado sean sometidas al escrutinio social. Así, en un comunicado de la Asociación Nacional de Anunciantes (Anda), se critica la visibilidad en los espacios informativos de actores al margen de la ley: "es repugnante ver cómo se presenta a los guerrilleros, terroristas, narcotraficantes, delincuentes y desvergonzados de todos los tipos. Hemos llegado al punto en que se ofrecen los micrófonos a los criminales recluidos en las cárceles, se va y se les busca con las cámaras y se les brinda el despliegue escrito, radial y televisivo que nunca antes habían tenido. Se les invita a participar en foro cerrado a lo que (sic) muchos ciudadanos de bien no tienen acceso porque son discriminados"³. Y tiene razón la Anda en que nunca como ahora los medios de comunicación han hecho visibles a los diferentes actores del conflicto armado, sin duda por una apertura informativa que antes no era asumida y que ahora ha permitido conocer extensas entrevistas con Manuel Marulanda, el Mono Jojoy, Carlos Castaño o Gabino, pero también por la legitimidad que el propio gobierno ha reconocido tanto a las Farc como al Eln como interlocutores de posibles procesos de paz. En este debate, la declaración de la Anda era respondida por un editorial del diario *El Espectador* que afirma que "el sentido de la Anda parece reflejar la idea de que los medios de comunicación deberían entender su papel como un aporte para ganar la guerra en lugar de un apoyo para lograr la paz. De allí la insólita crítica a que se entreviste a los actores del conflicto que necesitan mecanismos para fijar su posición pública sobre los esfuerzos de reconciliación que lidera el Gobierno. Que los líderes de la guerrilla aparezcan en los periódicos y noticieros de un país donde el propio presidente de la República se reúne con ellos es apenas lógico. ¿O no tienen acaso derecho los colombianos a conocer con quién se va a negociar todo un rediseño del Estado?"⁴.

En definitiva, lo que los medios de comunicación están mostrando es que las Farc, más allá de sus acciones militares, existen como un actor de conflicto con el que se habla y que adquiere un estatus de actor político (aunque ese estatus, paradójicamente, se le niegue en los contenidos de las informaciones). Se rompen las fronteras entre lo lícito y lo ilícito en los medios, para responder más a una realidad conflictiva, en un proceso en el que sin duda el tratamiento

³ "La responsabilidad ética de los medios de comunicación social", en revista *ANDA*, N° 15. Santafé de Bogotá, mayo-agosto 1999, págs. 10-12.

⁴ "Información, vía para el cambio", en Diario *El Espectador*, 15 de junio de 1999, pág. 2A.

informativo al llamado proceso 8.000 tiene algo que ver, y que se ha visto plasmado en los últimos tiempos en el cuestionamiento de los medios al papel de determinados oficiales del ejército en la masacre de La Gabarra. Como nos decía un editor judicial de un importante diario que cubrió hace catorce años la toma del Palacio de Justicia, lo que los medios de comunicación dicen ahora no lo decían en aquella época.

Ahora bien, el de la visibilidad de los actores al margen de la ley es un tema mucho más complejo cuando estos actores no están involucrados en ningún proceso de conversaciones y empiezan a hacerse visibles en los medios de comunicación, como es el caso de los paramilitares o Autodefensas. Aquí se plantea una paradoja: hasta ahora es un actor oculto, que no tiene rostro, que se oculta tras una pañoleta o una capucha y que aparece de espaldas. De su máximo líder, Carlos Castaño, sólo conocemos un par de fotos tomadas en esa posición, únicas referencias visuales publicadas por los medios. Parece que la 'clandestinidad' de imágenes de este actor armado encaja con las dudas sobre su verdadera naturaleza, sobre el número de combatientes que lo conforman, los individuos y organizaciones que lo financian, sus posibles nexos con algunos miembros de las fuerzas armadas y funcionarios del Estado y las denuncias en torno a la crueldad ilimitada de alguna de sus prácticas. Ahora bien. Si se tiene en cuenta que los paramilitares no son considerados como actores políticos por ninguno de sus interlocutores, sino más bien grupos de acción armada, su aparición se vuelve objeto de debate. Por un lado, puede parecer normal no darles espacio, como grupo de delincuencia organizada. Sin embargo, también podrían ser mirados como unos actores no sólo involucrados en el conflicto armado de forma cada vez más importante, sino como responsables de las masacres que de manera masiva se sufren en diferentes partes del país, y que por tanto deben ser sometidos al escrutinio público y al análisis de los medios. Ahí está la paradoja: si bien su invisibilidad responde a su propia naturaleza, su falta de referencia y análisis en los medios de comunicación les salva de ser representados como uno de los principales responsables del conflicto armado y culpables de muchos graves delitos contra la vida.

¿Cuál debe ser en este caso el papel de los medios? Se podría pensar en unas informaciones en las que no sean ellos los productores del discurso sino los actores cuya naturaleza hay que entender, como si (simbólicamente) le diéramos la vuelta a Castaño en la pantalla. Se trataría de responder a una pregunta que es anterior a la de su posible

reconocimiento político y que en el caso de las Farc y el Eln sí se ha dado en el espacio mediático cuando se debate sobre si estas organizaciones siguen teniendo finalidades políticas, y cuál es su papel en el narcotráfico: quiénes son las autodefensas, si tienen un proyecto nacional o responden únicamente a intereses locales, si tienen una estructura y unidad de mando, de dónde viene su financiación. Porque sólo entendiendo a sus diferentes actores e intereses, se puede entender la complejidad del conflicto.

Las paradojas de la cercanía

En segundo lugar, estas visibilidades implican que las estrategias comunicativas de los actores involucrados en el conflicto armado, muchas de ellas hijas de las nuevas tecnologías, están determinando en algunos casos estrategias militares y convirtiéndose en una nueva forma de guerra. Así, en los últimos meses hemos visto cómo la guerrilla preparaba acciones militares en las que esperaba contar con la presencia de las cámaras, como en el caso de la toma, por parte de las Farc, del municipio de Ataco en el Tolima. Allí fueron citados los periodistas para que cubrieran en directo la acción de guerra. Pero también hemos asistido a la exageración de los medios de comunicación que anunciaron la toma de Bogotá por parte de un frente guerrillero que al parecer, y según sus mandos, sólo pretendían atacara un destacamento militar situado a 50 kilómetros de la capital del país, exageración que, según los indicios, vino del ejército como una contraofensiva en la generación de opinión pública, para engrandecer su triunfo militar cumpliendo con el deber de proteger a la capital del país. Hablamos de los combates en Gutiérrez (Cundinamarca), que fueron representados en la prensa internacional como una toma de un barrio marginal de la capital del país cuando esa población está a cinco horas de Bogotá⁵.

Por otro lado, también en los últimos meses se permitía a los medios de comunicación tomar imágenes de una incursión paramilitar en el Valle del Cauca, que incluía entrevistas con sus responsables mientras detrás del entrevistado se podía ver cómo los miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia patrullaban por la población.

⁵ Tras el anuncio de oficiales del ejército y de la policía de una posible toma de Bogotá por parte de las Farc, las agencias calificadoras de riesgos en el exterior advertían sobre el peligro de esta situación. Esmeralda Vivas y Lilibian Muñoz, Taller de investigación colectiva, Maestría en comunicación, Pontificia Universidad Javeriana.

Por tanto, las fronteras entre la realidad del conflicto y la realidad que se construye para los medios se desdibujan cada vez más, aumentando la complejidad de una guerra en la que, por otro lado, y a diferencia de la mayoría de conflictos internacionales actuales, no existe control de la información por parte de un único actor, normalmente una "nación élite" (caso de la invasión a Panamá o la guerra del Golfo), lo que sin duda permite una visión más completa y plural del conflicto y a la vez unas relaciones más complejas y conflictivas entre los medios de comunicación y los actores de la guerra.

En este sentido, nos gustaría profundizar en las maneras en que los actores de la guerra construyen los escenarios del terror con fines simbólicos y teniendo como escenarios privilegiados a los medios de comunicación. El historiador colombiano Gonzalo Sánchez, haciendo referencia a la violencia partidista de mitad de siglo (1945-65), habla de la violencia como "terror concentrado", al indicar que el ejercicio del terror tiene una serie de componentes⁶: hay una *programación del terror*; unos *agentes del terror*; unos *rituales* y unos *escenarios del terror*. Este último componente es el que nos interesa porque da cuenta -dice Gonzalo Sánchez- del modo como "se disponen los elementos del mensaje (...) si los muertos se dejan amontonados o esparcidos en toda una vereda, por ejemplo. A veces el mensaje es eficaz porque choca a primera vista; otras logra su eficacia precisamente en la medida en que resulte indescifrable. El escenario del terror debe ser, por otra parte, visible. Por eso hay ciertas preferencias espaciales: el cruce de caminos, el paso de los ríos, los montículos reconocidos en la región o el vecindario. El dolor en estas circunstancias no puede ser íntimo, tiene que ser aleccionador"⁷.

Con base en lo anterior, podemos considerar dos ejemplos a través de los cuales dos actores armados construyeron dos escenarios de guerra distintos, con un mensaje dirigido a un público distinto y donde los medios valoraron el hecho, también, de modo diferente.

En la masacre de La Gabarra, ocurrida los días 21 y 22 de agosto de 1999, el periodista enviado a la zona reconstruyó en el periódico *El Tiempo*⁸ las casi diez horas de acción armada de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)

contra los campesinos habitantes de la población, incursión que dejó un saldo de treinta y cinco personas muertas y cinco heridas. El periodista hace una descripción y reconstrucción cronológica del terror que empezó -según su relato- a las 8:45 de la noche del sábado y terminó a las cinco de la mañana del día siguiente. El relato informativo nos muestra a unos "pueblerinos" contra "hombres armados"; los primeros "salieron corriendo a buscar refugio", ante unos "extremistas" que "cobran las primeras víctimas". En contraposición, aparecen unos campesinos que departen en casas y bares, frente a unos hombres armados que "tubaron puertas de billares y cantinas". Luego salieron de La Gabarra continuando su "recorrido de muerte" por las veredas que conducen a Tibú.

En resumen, aquí se construyó un eje narrativo del tipo *víctima* (campesino) y *victimario* (autodefensa), en el que el periodista reconstruye el *escenario del terror* de modo cronológico y caracterizado por los cuerpos sin vida que son dejados frente a casas, billares, cantinas y a la vera del camino que conduce a Tibú.

El otro ejemplo involucra a actores armados distintos: ejército y guerrilleros de las Farc. Aquí se narra, en el mismo diario⁹, la muerte de cincuenta guerrilleros en Hato Corozal (Casanare) a manos del Ejército colombiano. En este caso, los cuerpos no están esparcidos por el casco urbano de Hato Corozal, sino que son sacados del escenario de guerra y cuidadosamente dispuestos en fila india, rodeados por soldados y fotografiados por periodistas. Aquí el eje narrativo del reportero es del tipo *victoria* (Ejército) y *derrota* (Farc) con frases como "parte de victoria" de los generales al mando de la operación y "zona de derrota para los frentes de las Farc".

Lo que cabe resaltar con apenas estos dos ejemplos es que los actores armados involucrados son distintos, las circunstancias cambian, el espacio geográfico también; el mensaje está dirigido a un público distinto (el de las Autodefensas, al poblador de La Gabarra, presunto colaborador de la guerrilla; y el del Ejército colombiano, a la opinión pública en general) pero el elemento central que vehicula el mensaje es el mismo: la disposición del cuerpo sin vida del otro. Con una diferencia: en el primer caso, esos cuerpos están en el escenario de la guerra, contextualizados, vistos como consecuencia de esa guerra. En el segundo caso, los cuerpos son sacados del escenario bélico y dispuestos en

⁶ "Guerra y política en la sociedad colombiana", en Revista *Análisis Político*, N° 11, Santafé de Bogotá, septiembre 1990, pág. 15.

⁷ Ibid, pág. 16.

⁸ "De aquí no se mueve nadie", en Diario *El Tiempo*, 24 de agosto de 1999, pág. 7A.

⁹ Ejército reporta 50 bajas de las Farc", en Diario *El Tiempo*, 2 de septiembre de 1999, pág. 7A.

un orden determinado, no tienen contexto, son muertos fríos. Por tanto, se convierten casi en trofeos, en el trofeo de la muerte y de la victoria frente a la derrota del muerto. Y nos recuerda esto a cómo el cuerpo era usado como un símbolo de la victoria ya en la época de La Violencia de mitad de siglo, cuando el victorioso se hacía una foto con su víctima muerta.

Hay que observar, entonces, cómo la disposición del cuerpo de la víctima ya no sólo responde a una estrategia de guerra para intimidar al otro o dar partes de victoria sobre el enemigo. Se han convertido en toda una estrategia comunicativa, de la que se están sirviendo todos los actores armados y que los medios están reproduciendo sin disponer de un espacio abierto para la reflexión sobre su significado o sus implicaciones (como por ejemplo mostrar el cuerpo como trofeo más que como trágica consecuencia de una guerra). Quedan por responder preguntas acerca de la percepción que tiene el ciudadano común sobre la descripción de estos escenarios de guerra tan distintos.

En definitiva, el conflicto colombiano nos muestra los dilemas a los que la información se enfrenta en la actualidad en conflictos internos: unas partes que ponen en marcha estrategias comunicativas que son hijas de la transmisión en directo de las acciones bélicas y de las nuevas tecnologías (por ejemplo, hoy los periodistas tienen acceso a las páginas web tanto de las Farc como del Eln, mientras que hace unos años, como dice la periodista Bibiana Mercado, "se necesitaban quince horas a caballo para lograr la comunicación"). Unos periodistas que en sus rutinas están más involucrados con los actores del conflicto y también más sometidos a sus presiones, y nos referimos como actores de conflicto aquí no sólo a los armados, y también unas audiencias que cada vez más participan en el debate sobre el papel de los medios en medio de las violencias, así estemos hablando todavía de sectores minoritarios, como los que impulsaron el boicoteo a los informativos el pasado once de agosto o los que se niegan a ser entrevistados cuando acaban de ser liberados de un secuestro, o incluso de audiencias conservadoras que por ejemplo llaman a un noticiero para protestar por una nota que habla de la mujer en la guerrilla¹⁰.

Descubriendo al que siempre estuvo ahí

Pero, ¿cómo son representados los actores del conflicto en los medios de comunicación, más allá de su visibilidad? Sin pretender agotar en este primer informe una pregunta tan compleja, creemos que es ahí donde los medios de comunicación colombianos apuestan por darle legitimidad a unas visiones muy cercanas a sus culturas profesionales y sus propias posiciones en la sociedad colombiana, ignorando la complejidad y densidad cultural del conflicto y de las iniciativas de paz de diversas organizaciones sociales.

En este sentido, el acercamiento de los espacios informativos a las FARC ha permitido poner en evidencia una realidad del conflicto armado: la oposición no sólo entre dos sectores del país, sino entre dos mundos culturales. Para los medios de comunicación, el grupo guerrillero es "la otra Colombia", como se afirma en un titular de la revista *Cambio* ("El presidente y Raúl Reyes, las dos Colombias"¹¹). Revisando las emisiones televisivas y las informaciones de prensa sobre la instalación de la mesa de conversaciones el 7 de enero de 1999, encontramos titulares como "Cita entre la Colombia urbana y la Colombia campesina"¹² o visiones de Manuel Marulanda como la persona que "conoce como nadie las montañas, la selva, la espesa topografía del país"¹³, es decir, la Colombia aislada y no poblada, como ejemplos de un discurso mediático que sugiere el descubrimiento de una parte del país oculta para los receptores hasta ese momento, no porque no exista sino porque no es representada en los espacios informativos, ni antes de la apertura de conversaciones, ni después. Porque en estos meses de proceso de paz en medio de la guerra, si ha habido una oportunidad perdida para los medios es la de hacer visible esas otras visiones que para algunos periodistas parecieran ser otros países descubiertos en un minuto feliz.

Un descubrimiento que evidentemente no es sólo de los medios de comunicación, sino de sectores que hasta hace unos meses no habían sido "tocados" directamente por la guerra, y que ejemplifica bien Antonio Caballero en una de sus columnas de la revista *Semana* ("La guerra ya está aquí") al comentar cómo Gómez Hurtado se negó a ir a Casa Verde hace unos años con el argumento de que él no viajaba a "esas lejanías". El problema, dice Caballero, es que si bien

¹⁰ Como afirma el periodista William Parra, "el problema es que tú sacas una entrevista con la guerrilla y ya todo el mundo te indica o dicen que éste es un medio al servicio de la guerrilla... yo saqué una nota hablando de lo que era la presencia de la mujer en la guerrilla del ELN y aquí recibimos quince llamadas de la gente diciendo que eso era el colmo, que por qué no entrevistábamos a otras mujeres en el país que eran más importantes que una guerrillera"

¹¹ Revista *Cambio*, 11 de enero de 1999.

¹² "Dos caminos que se encuentran", en *El Espectador*, jueves 7 de enero de 1999, pág. 12A.

¹³ "Manuel Marulanda Vélez, el calculador", en *Diario El País*, viernes 8 de enero de 1999, pág. 11 A.

"en aquellos tiempos la guerrilla todavía podía ser considerada como una manifestación del folclor", hoy pertenecen al ámbito de la política y "la guerra ya no ocurre en las lejanías: está aquí"¹⁴.

Son visiones que ponen sobre la mesa el debate sobre Colombia como un país históricamente fragmentado más que entre regiones, entre realidades sociales. La "Colombia de los guerrilleros", según se desprende de las mismas informaciones presentadas por los medios, es, a grandes rasgos, rural, marginada, anclada en el pasado y nueva para el habitante urbano de clase media. La "Colombia del gobierno Pastrana" es urbana, moderna, mira hacia el futuro. En este sentido, resulta muy interesante revisar las interpretaciones y opiniones que el mismo 7 de enero se encuentran en los medios de comunicación con respecto a los discursos por un lado del presidente del Estado, Andrés Pastrana, y por otro del comandante de las Farc, Manuel Marulanda. Mientras que el primero (con alusiones a Manuel Elkin Patarroyo, El Pibe, Los Aterciopelados) fue calificado como un discurso sin condiciones para la paz, abierto y de futuro, del segundo se resaltaron los marranos y las vacas que el Estado expropió hace unas décadas a los colonos de la región de Marquetalia, poniéndolos como ejemplo de lo que para los medios fue un discurso anacrónico por referirse al pasado y agresivo por los reclamos al gobierno del país.

Se evidencia así un desprecio en los medios, no ya por los actores de ese discurso, sino por unas realidades y temporalidades muy diversas y en relación conflictiva, desde una dicotomía centro-periferia, mucho más marcadamente en las informaciones sobre las Farc o las autodefensas, que sobre el Eln. Por tanto, es un reto para los medios colombianos, producidos y sustentados por las clases medias urbanas, asumir, más allá de las noticias sobre el campo por medio de cifras económicas o en el Día del Campesino, el reconocimiento de las diversidades culturales que también explican los conflictos que atraviesa Colombia.

Diversidades que tienen que ver no sólo con los escenarios sociales del conflicto, sino también con los actores no armados.

Victimas que lloran, víctimas que actúan

Porque esa dicotomía entre mundos culturales, que parece ser entre lo no legitimado y lo legítimo, aparece también en

la forma en que los medios de comunicación nombran a los colombianos, generalmente desde dos formas de estar ante el conflicto: como la sociedad civil víctima o como la sociedad civil que se moviliza de manera oscilante y selectiva.

En este sentido, la sociedad civil víctima aparece en los medios de comunicación en dos espacios geográficos distintos que parecieran no entrecruzarse en los discursos mediáticos: los pequeños pueblos y la ciudad.

En el primer espacio, el de las zonas rurales de conflicto, aparece el colombiano que llora la masacre, el colombiano que llora frente al ataúd de su hijo, de su padre, de su hermano, o de su vecino o amigo. Aparece el grupo de colombianos en éxodo, el colombiano en situación de desplazamiento, descalzo, con humildes enseres al hombro y sus hijos a lomo de caballo. En los medios extrañamos la presencia de la sociedad civil rural organizada; la de las cooperativas, de las juntas de acción comunal, la de usuarios campesinos o la de minorías étnicas que hacen resistencia civil a los actores armados y que se organizan bajo el sugestivo y reconfortante nombre de "Comunidades de paz", como la de San Francisco de Asís o la de San José de Apartado, que han emergido en medio de la conflictiva región del Urabá¹⁵. En resumen, sobre la sociedad civil de los pequeños pueblos, la que no se conforma en las grandes ciudades y a la que más toca el conflicto, se impone el imaginario (y la estética) de una sociedad de víctimas, de vencidos, nunca de organizaciones sociales en acción, que organizan foros, que presentan proyectos de ley, que le dirigen sus demandas a los poderes institucionales y también a los actores armados.

Simultáneamente, los medios están dando cuenta de "otra" sociedad civil. La sociedad civil urbana que se organiza de un modo distinto: en las urbes se privilegia a otras víctimas de la guerra, hay otros dolientes y se ponen en escena otros mecanismos de expresión.

La sociedad civil urbana que aparece en los espacios informativos -generalmente de clase media y alta- no llora o se moviliza de manera particular por los campesinos masacrados en los municipios ni tampoco por las familias que, a esta hora, entran en situación de desplazamiento. Se movilizan, en cambio, por el hombre público inmolado (llamémoslo aquí magnicidio) y por los civiles, soldados y policías víctimas del secuestro. Si bien son también dolientes, no son la sociedad del llanto, la cabeza gacha y la parálisis

¹⁴ Antonio Caballero, "La guerra ya está aquí", en Revista Semana, 19 de julio de 1999, pág. 111.

¹⁵ Comunidades de paz, Revista Alternativa, abril 1998 (No. 18), separata especial.

frente al ataúd. Es la multitud que grita en coro contra los violentos; la de pancartas visibles e interpeladoras; la del lazo verde, la bandera blanca, el pañuelo al aire, las velas y los pitos de los vehículos. Es la que se toma importantes avenidas o se concentra en la plaza central de la ciudad.

Tomemos sólo dos ejemplos de una muy diferente representación de las víctimas del conflicto: los secuestrados y los desplazados.

Los secuestrados: las víctimas legítimas

A raíz de los secuestros masivos por parte del Eln en los últimos meses (especialmente el plagio del avión de Avianca en Santander y de los feligreses de la iglesia de La María en el Valle) se han movilizado reconocidos funcionarios públicos¹⁶, líderes de partidos y movimientos políticos¹⁷, altos representantes de la Iglesia¹⁸ y hasta la reconocida Nobel de paz, Rigoberta Menchú¹⁹. La movilización urbana contra el secuestro se debe, sin duda alguna, a los lazos familiares directos que existe entre los retenidos y la mayoría de los dolientes; ya que la mayoría de los secuestrados son personas de clase media y alta, habitantes de las urbes, que se desplazan por placer o por su actividad laboral de una ciudad a otra y han sido presas de las llamadas 'pescas milagrosas' en plena carretera y otras prácticas más osadas o espectaculares, todas ellas con fines económicos.

Aunque la movilización de personalidades frente a estos hechos masivos no fue organizada por los medios de comunicación, hay que decir que debido al carácter extraordinario de estas acciones bélicas, los medios (tal vez sin un deseo explícito de 'escalafonamiento de víctimas') han volcado su atención y un permanente seguimiento a estos dos grupos de secuestrados y a los acontecimientos de liberación gradual de las víctimas. Esta conjunción de personalidades nacionales y extranjeras junto a unos medios en seguimiento diario del hecho ha generado una especie de jerarquización de las víctimas del secuestro. Esta jerarquización 'mediática' (impulsada por el interés de los medios) y social (impulsada por personajes públicos) no es

sólo motivo de análisis de la academia. Es también motivo de pregunta e indignación por parte de los mismos ciudadanos. En una carta recientemente enviada a un importante diario nacional, una ciudadana pregunta:

*(...) Señor Director: ¿por qué en nuestra Colombia hay secuestrados de primera, segunda y tercera categoría, si todos somos seres humanos? Nuestros hijos, esposos y padres para nosotros son de primera. ¿Por qué sólo se media por los del avión y por los de la iglesia? Los que no tenemos padrinos, a quién pedimos que nos ayude y medie por ellos?*²⁰.

El llamado contundente de esta mujer está dirigido a la sociedad en general, pero también es un llamado de atención a los medios en particular. Porque, si bien es evidente que la atención mediática al secuestro responde al carácter masivo e inédito de esta acción bélica, también parece cierto que se impone como 'valor noticia' el reconocimiento político²¹, social²² o económico de la víctima.

Y es que hay que decir que, frente al caso de los secuestrados, asistimos en los últimos meses a un cambio paradójico, en el que los medios de comunicación se han convertido en los más claros impulsores de un movimiento generalizado de protesta contra el secuestro por parte de guerrillas, autodefensas, paramilitares y delincuentes comunes. Han impulsado campañas, publicado listas de secuestrados, difundido mensajes radiales enviados por los familiares del retenido; apoyado el movimiento en sus editoriales y convocado. Incluso, han entrado a apoyar explícitamente posiciones como la de no pagar un solo centavo a los actores armados que incurren en secuestros extorsivos²³.

Lo paradójico es que este impulso se da sólo con respecto a un delito evidentemente repudiable pero que no es el más

¹⁶ Juan Gabriel Uribe, consejero para asuntos políticos de la Presidencia de la República; José Fernando Castro Caicedo, defensor del Pueblo.

¹⁷ Ómar Yepes Álzate, jefe del Partido Conservador; Horacio Serpa Uribe, director del Partido liberal y Noemí Sanín, jefe del movimiento político Opción Vida.

¹⁸ Monseñor Isaías Duarte Cancino, arzobispo de Cali.

¹⁹ "Rigoberta Menchú lista para facilitación", en *El Tiempo*, 7 de septiembre de 1999, pág. 3A.

²⁰ La carta se titula "Los estratos del secuestro" y está firmada por Emilia Vergara de Bogotá. En "Foro del Lector" de *El Tiempo*, 11 de septiembre de 1999, pág. 5A.

²¹ Como el caso de la senadora Piedad Córdoba, secuestrada y posteriormente liberada por las AUC en el mes de agosto; caso de secuestro que motivó airadas voces de protesta de la clase dirigente del país.

²² Como el caso del obispo de Tibú, Monseñor José de Jesús Quintero, con laslógicas voces de protesta de los miembros de la Conferencia Episcopal Colombiana. Fue secuestrado el 15 de agosto y liberado el pasado 19 de septiembre por el Epl.

²³ Aparece en la portada el título "No pagar" y un texto que reza: "Con el ejemplo de Cali crece como bola de nieve el número de colombianos que firman compromisos de no pagar en caso de secuestro. País Libre promueve la iniciativa. Cambio la apoya.", en *Revista Cambio* No. 316. Julio 5-12 de 1999.

frecuente ni único que se deriva del conflicto armado²⁴, considerando las diarias y también masivas masacres de campesinos, los permanentes desplazamientos internos²⁵ y las desapariciones de personas.

Varios factores explicarían la enorme visibilidad e impulso de las movilizaciones contra el secuestro. En primer lugar, la capacidad de legitimación social, que en este caso se logra por medio de una *vocería* que tiene una relación directa con los medios de comunicación. En el caso de los civiles secuestrados, éstos han encontrado en reconocidos periodistas a ¡lustres voceros de la movilización ciudadana contra el secuestro²⁶. *Vocería* que empieza a elevarse y a ser reconocida por otros medios masivos del país²⁷, lo que evidencia cómo, desde el punto de vista del ejercicio del periodismo, la línea divisoria entre periodista y activista político parece borrarse. Y este factor de la *vocería* traza una jerarquización con otro gran grupo de secuestrados, el de soldados y policías en manos de la guerrilla (que superan hoy los 400), que cuenta como voceras con un conjunto de mujeres que deambulan por todo el país con las imágenes de sus hijos en pequeños carteles, estampados en camisetas o que se reúnen en una iglesia para orar por ellos. Nos referimos a las denominadas "Madres de los soldados secuestrados", expresión que ya hizo carrera en los medios para dar cuenta de un grupo de madres que no son adineradas ni pertenecen a estratos altos de la sociedad. Por el contrario, ellas han viajado a la zona de distensión para reunirse con los líderes de las Farc gastando sus ahorros, vendiendo algunas pertenencias o hipotecando su casa. Este otro grupo de dolientes no han encontrado todavía el 'ángel salvador' que les dé visibilidad más allá de las notas puntuales cuando estas mujeres aparecen en determinados actos. Su *vocería*, entonces, se acerca mucho a la del doliente cuasivivido sin recursos económicos y sin respaldo mora.

Así, desde la noción de *vocería*, *visibilidad* y *respaldo social* a las víctimas de la violencia, se percibe la dicotomía entre las víctimas desde las que se construye un discurso simbólico contra la violencia y las víctimas no legitimadas simbólicamente.

Un ejemplo de las primeras es Jaime Garzón, cuyo trágico asesinato ha constituido unos lugares simbólicos de rechazo a la guerra (el poste contra el que su carro se estrelló, el muro frente a su vivienda), y una enorme reacción en los medios de comunicación por sus vínculos con el círculo mediático, que llevó a la cadena radial Radionet a reemplazar durante unos días la programación noticiosa por música clásica, o al canal Caracol a colocar una franja negra en la parte superior de la pantalla en señal de luto. Y esto no es ni mucho menos una crítica a esas prácticas que se constituyen en construcciones de identidades colectivas a partir del dolor, sino una constatación de los factores que hacen que unas víctimas adquieran una visibilidad que las hacen permanecer en la memoria colectiva y en el discurso de los medios de comunicación (el pasado 13 de septiembre el canal Caracol recordó a sus televidentes que un mes atrás Colombia recibía la noticia de la muerte de Jaime Garzón), mientras que otras, como las víctimas de las masacres diarias, nunca hayan generado esa reacción en los medios ni ese recuerdo en aniversarios como el de, por ejemplo, la terrible masacre de La Gabarra. Porque las otras víctimas de la guerra, como los desplazados por la violencia, no cuentan con *vocerías* legitimadas ni personalizadas en personajes públicos, sino en organizaciones a las que muchas veces se ha acusado de responder a los intereses de la guerrilla por el tipo de demandas que formulan al Estado. De esta manera, cuando los medios se acercan para dar cuenta de la víctima denominada "desplazado", sus relatos distan mucho del impulso a iniciativas colectivas, como vemos a continuación.

Desplazados: la historia del colombiano derrotado

Frente a una sociedad que lucha y enfrenta su situación de víctima, como en el caso de los secuestros, los desplazados son las víctimas pasivas en los medios. Sobre el desplazamiento, los medios están construyendo un único relato, tanto en el caso de los desplazamientos masivos como en los desplazamientos individuales. En cuanto al desplazamiento masivo, los medios dan cuenta de él sobre todo cuando se traduce en la 'toma' pacífica de la sede de alguna entidad nacional u organización internacional

²⁴ En la actualidad se calcula que las personas que están en cautiverio son mil doscientas, según un editorial reciente de El Tiempo ("El secuestro arrecia", en El Tiempo, 28 de septiembre de 1999, pág. 4A).

²⁵ En cambio, las ONGs hablan (con un mínimo nivel de varianza en sus estadísticas) de una población de desplazados que oscila entre un millón 300 mil personas y un millón 500 mil aproximadamente.

²⁶ Nos referimos a Francisco Santos, codirector del Diario El Tiempo, quien simultáneamente se desempeña como director de la Fundación contra el secuestro 'País Libre'.

²⁷ En primera plana se titula "El Quijote de la Marcha". Y el texto adjunto al titular reza: "Luego del éxito de las manifestaciones ciudadanas contra el secuestro, 'Pacho' Santos y su gente preparan la gran marcha final a la que piensan llevar más de cinco millones de personas". Revista Semana, agosto 9-16 de 1999 (No. 901).

ubicada en las ciudades capitales²⁸. Además, resaltan (gráfica y textualmente) las acciones extremas que los desplazados ejecutan contra su propia integridad física para llamar la atención del gobierno. El 20 de agosto pasado, en la primera plana del diario *El Tiempo*, apareció una foto titulada "El calvario de los desplazados" cuyo pie de foto decía: "dos personas del grupo de desplazados decidieron crucificarse para pedirle al gobierno que les solucione la crítica situación en la que viven (...) otros 10 desplazados se cosieron la boca".

Del mismo modo se está informando sobre el éxodo silencioso que comporta el desplazamiento individual. El eje de la construcción narrativa es el mismo, no importa si es un desplazado o si es un centenar: la imagen del campesino sin recursos, sin empleo, sin vivienda, enfermo, y prácticamente sometido por la adversidad del nuevo entorno socioeconómico en el que se encuentra²⁹.

Según un reciente estudio del Ceper y Finconpaz³⁰, los medios de comunicación otorgan preferencia a una serie de características de los desplazados como "angustia, desesperación, desconsuelo, decepción, rabia, inactividad, temor ("...sin un peso, sin pertenencias, asustados..."). Definen a los desplazados en negativo y sin querer desconocer el drama humano que llevan consigo- los atrapa en cierta forma en una faz unívoca pesimista que puede motivar un distanciamiento social mayor a sus problemas".

Es un uso particular del llamado "lado humano" de la guerra, que "refuerza una perspectiva asistencial del tema del desplazamiento". Según el autor del estudio, la preferencia por el "relato de base" y las perspectivas asistencial y de orden público "dificultan en gran medida la posibilidad de hallar las claves analíticas del desarrollo estratégico militar de la confrontación, de los intereses económicos subyacentes, de la historia y la cultura locales o regionales".

Numerosos periodistas afirman, lo cual es innegable, que es importante mostrar a los seres humanos víctimas de la guerra. Y es cierto también que un número considerable de desplazados viven hoy en un estado de pobreza absoluta, desarraigo y desprotección. Pero al igual que en el caso del secuestro, los desplazados son, además de víctimas, ciudadanos que actúan.

En este sentido, los medios masivos tienen como reto el dar cuenta de los proyectos que algunas entidades y varias ONG adelantan hoy para transformar a la persona víctima del desplazamiento. Esos proyectos de generación de ingresos y de organización comunitaria se constituyen en valiosos espacios de representación e inserción en el tejido social para abandonar el estereotipo del "desarraigado" y empezar a configurar la imagen del *nuevo ciudadano*. Es pasar de la condición de "inválido social" y darle paso a la del *individuo productivo* que tiene creatividad, enorme capacidad de trabajo y dignidad. Este escenario se ha perdido de vista en los relatos sobre personas desplazadas por violencia que llegan a las grandes ciudades. La visibilidad de ambos escenarios, el del desarraigo y sufrimiento y el de las demandas a los actores del conflicto, pueden configurar narrativas informativas menos asistencialistas y más constructoras de actores participativos en la resolución pacífica de los conflictos en Colombia.

En definitiva, el espacio mediático en este proceso de paz está mostrando, a través de sus informaciones sobre las víctimas de la guerra, los dolientes y las movilizaciones sociales, que la opinión pública, si es que ese término todavía es aplicable, es una construcción de interrelaciones, hegemónicas unas y minoritarias otras, entre los distintos actores sociales que tienen algo que ver con el conflicto. Una construcción que pasa por lugares sociales legítimos o no legitimados como representación (la ciudad como ese lugar donde los hechos adquieren un matiz de enormidad e inadmisibilidad), por la capacidad de los distintos actores de penetrar en esos lugares legítimos (adonde no han podido llegar las organizaciones sociales que históricamente han estado apartadas de cualquier relación con los que construyen discurso) y por las relaciones de los medios de comunicación con las distintas acciones sociales. Y hay aquí un giro curioso: mientras que, según diversos estudios han mostrado, los medios de comunicación suelen asumir las movilizaciones sociales como problemas de orden público no deseables (paros cívicos, marchas campesinas...), impulsan unas movilizaciones concretas como reflejo de una sociedad activa y que no se deja derrotar.

²⁸ El último caso registrado corresponde al grupo de 100 personas desplazadas que se 'tomaron' pacíficamente la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) desde el 2 y hasta el 26 de agosto pasado en Bogotá. Al respecto, cabe señalar que en 1998 se registraron -sólo en Bogotá- un total de 12 'tomas' pacíficas las cuales, debido al número de personas desplazadas y a la importancia de las instituciones involucradas, fueron ampliamente difundidas por los medios masivos. Al respecto, confróntese *Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes)*, (No. 15), diciembre 1998, en el apartado titulado "Acciones de protesta y presión de los desplazados en Bogotá, 1998".

²⁹ Dos ejemplos que dan cuenta de este relato son: "Un día en la vida de un desplazado", en *El Tiempo*, 1º de diciembre de 1998 (3A) y "Lizandro vive aquí el peor de los infiernos", en *El Tiempo*, 17 de septiembre de 1999 (1C).

³⁰ Carlos Iván Garda, *Medios y desplazados: una mirada crítica a un cubrimiento periodístico*, Bogotá, Ficonpaz-Ceper, 1999, mimeo.

Dolor, memoria, verdad, justicia

Ahora bien. Con esto no se quiere decir que la figura de la víctima no sea importante como representación de la guerra. Lo es, y mucho, en términos de recuperación de la memoria herida, de lo que Martín Barbero llama "des-hacer aquellas cicatrices que tapan las heridas sin curarlas"³¹, de la memoria lacerante y conflictiva como ruptura de la memoria de los vencedores.

Es aquí donde hay que explorar nuevas narrativas informativas que conviertan el relato del sufrimiento que en los medios de comunicación se queda en el caso particular, en el relato que legitima y representa ya no el sufrimiento individual sino un sufrimiento colectivo. Unas narrativas que permitan "la salida de la interioridad (privado) hacia la exterioridad (público), de un dolor individual hacia un dolor que pretende socializarse, compartirse" y que "construyen una serie de exigencias morales entre el público receptor, el texto y las víctimas". Y éstas son citas de un trabajo que indaga sobre las narrativas que en Argentina han representado el dolor por los desaparecidos, y que muestra como camino de construcción informativa la relación entre el dolor, la memoria, la verdad y la justicia para, más allá de la condición de víctima, representar a unos actores desde la dignidad y las demandas. Se trata, según la autora del trabajo, de recrear "una comunidad de sufrimiento a partir de un tipo de publicación que posibilite la comprensión más general y la construcción de lazos sociales que otorguen una identificación con la humanidad", y como "un modo de entender el horror propio a partir del de los 'otros'"³².

Son estrategias como las publicaciones en el diario argentino *Página 12*, de forma gratuita y todos los días, de los cuadros con fotos de desaparecidos y mensajes de amigos o parientes como "Mario Herrera: nada nos hará calmar el dolor, pero con justicia terminará nuestra bronca. Tu mujer y tu hija", "Martín Bercovich: pasaron 19 años y como siempre estás presente entre nosotros que te queremos, admiramos y respetamos tus ideales de justicia y solidaridad. No olvidamos, no perdonamos y seguimos exigiendo juicio y castigo para los asesinos de miles de jóvenes que lucharon

por un país mejor. Tus padres, hermano, Cecilia, Pablo, familiares y amigos". O como las columnas de opinión escritas por familiares de víctimas y que exponen modelos de análisis sobre el sufrimiento y los medios para poder aliviar ese dolor (y recordamos aquí las columnas de Alfredo Molano en *El Espectador*, desde su exilio). Columnas que buscan la universalización del problema, no hablando ya de "mi hijo", "mi pariente", sino de víctimas en general. O como las entrevistas que invitan a entrar en el sufrimiento a la vez que ligan al lector al texto y ambos al contexto social, en un ritual de reconocimiento recíproco que para Norbert Lechner es una fundamental dimensión de la política como construcción de identidades colectivas³³.

Y creemos que el asesinato del humorista y periodista Jaime Garzón, muestra también un interesante ejemplo: el de la transformación de la risa en símbolo del asesinato de una alegría colectiva. Al respecto, el titular de la primera plana del diario *El Tiempo*, al día siguiente del magnicidio, se preguntaba en una lapidaria frase: "Mataron la risa. ¿Qué sigue?". La enorme movilización social que generó la muerte de Garzón tiene que ver, sin duda alguna, con ese espacio de reconocimiento recíproco y de identidad colectiva. El hecho que muchos ciudadanos hayan participado de la marcha fúnebre disfrazados de 'Heriberto de la Calle' o 'Jonh Lenin' tiene que ver con la construcción de una identidad colectiva alrededor de algo. En este caso, alrededor de sus personajes. **No sólo símbolos: el valor de la presión**

Por último, es necesario afirmar que ni la victimización fragmentadora de la sociedad civil es sólo responsabilidad de los medios de comunicación, ni la capacidad de construir nuevas narrativas del sufrimiento debe ser sólo una realidad mediática. En este sentido, las principales organizaciones que trabajan por la paz en Colombia tienen como reto ir más allá de unos símbolos que se van quedando vacíos de sentido (durante la última Semana por la Paz han sido muy pocas las banderas blancas y las velas) y de unas propuestas abstractas y sin exigencias concretas, como es fácil y abstracto basar el trabajo de una organización en la petición de que los actores del conflicto se sienten a negociar sin plantear un discurso contundente que contenga los puntos de vista y las demandas sociales concretas sobre los puntos de discusión política.

³¹ Jesús Martín Barbero, "Medios: memoria y olvido". Tertulia organizada por Medios para la Paz en la Fundación Santillana, Santafé de Bogotá, 19 de noviembre de 1998.

³² Ludmila Da Silva Catela, "Las memorias del horror: estilos y narrativas para comunicar el sufrimiento y el dolor por los desaparecidos en Argentina", en revista *Comunicado & Política*, volumen IV, N° 3. Cebela, Rio de Janeiro, septiembre-diciembre de 1997.

³³ Norbert Lechner, "Especificando la política", en *Teoría y Política en América Latina*, México, Cide, 1984, pág. 128.

En este sentido, son interesantes las opiniones de Héctor Abad Faciolince, para quien "cuando quienes dirigen ruegan, en vez de actuar, estamos en la hoy (sic)". Según Abad, a muchos de estos actos "les falta lo mismo que le falta a la guerrilla, lo mismo que la falta al país: una dirección política, y por dirección se entiende tanto un director como un camino. (...) Les falta una guía ideológica, una presión que se pueda convertir en opciones de voto, en fuertes corrientes de opinión con capacidad de producir hechos políticos. De lo contrario no pasan de ser pequeños carnavales, especie de teletones sin un fin definido, procesiones y rogativas, plegarias plagadas de buenas intenciones que no van a perforar los durísimos oídos sordos de los malos"³⁴.

Porque estas organizaciones, unas más que otras, corren el riesgo, ya visto durante la citada Semana por la Paz, de ser más *happenings* simbólicos que escenarios para la interlocución ciudadana al Estado y otros actores de la guerra. En este sentido, la obsesión por el papel de los medios de comunicación hace parte de unos procesos que no auto-reconocen la constitución de identidades colectivas en las prácticas cotidianas, en la multiplicidad de espacios sociales y en la lentitud de los procesos culturales frente a la rapidez de las tecnologías informativas.

Ideas finales para el debate

Con el ánimo de proponer, a partir de las anteriores reflexiones, una agenda para la discusión, resulta pertinente preguntarse en primer lugar por la necesidad de un "equilibrio de visibilidades": un equilibrio entre los actores del conflicto desde el debate político y sus propuestas discursivas, sin abandonar, evidentemente, la imagen del actor armado desde sus acciones bélicas y las consecuencias que éstas generan; es decir, una combinación que no pierda de vista la propuesta político-discursiva, pero tampoco que ignore las acciones coyunturales de tipo militar de unos y otros.

Es necesario -en medio de estas diversas 'visibilidades'-potenciar la visibilidad desde el debate político, evitar la clandestinidad y la no confrontación pública. Para eso, los medios deben asumir riesgos, si tenemos en cuenta que las nuevas visibilidades, más que a apuestas de los medios, han respondido a que el propio proceso de paz, hoy, es más público. En este sentido, el centro de la discusión no es si

Carlos Castaño sigue apareciendo de espaldas en los diarios y en la pantalla o si la guerrilla debe aparecer o no. Lo más importante es que podamos seguir escuchando o leyendo sus propuestas, proyectos, intereses, sus certezas y hasta las incertidumbres que rondan a estos actores y sus organizaciones en el presente, el inmediato futuro y en relación con el proceso de paz que está en marcha. Es comprensible la clandestinidad física por los avatares de la guerra. Pero sería lamentable la clandestinidad política y la no confrontación de los discursos.

Frente a los relatos de las "dos Colombias" y la dicotomía rural-urbano, quedan pendientes las construcciones narrativas menos fragmentadoras y más articuladoras o, por lo menos, más omnicomprensivas de nuestro presente social. Lo más probable es que a partir de tales relatos articuladores no vamos a encontrar una profusa lista de elementos de "identidad nacional" (que además no sería deseable), pero sí nos permitirían reconocer, entender-y no enjuiciar- la diversidad propia de una nación con dificultades históricas en su proceso de consolidación.

También hay que superar la legitimación de unas vocerías y expresiones frente a la victimización que se hace de otras, porque unas y otras hacen parte del entramado social y político y, en esa medida, tienen el derecho de expresar sus proyectos, intereses y necesidades particulares.

Finalmente, con relación a la ausencia de historia y la necesidad de espacios para la recuperación de la memoria colectiva, si bien es importante recuperar los hitos de violencia nacional (como el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, la violencia partidista, la toma del Palacio de Justicia, la muerte de Luis Carlos Galán, entre otros, amparándonos en la famosa máxima que asume que quien no conoce la historia está condenado a repetirla), resulta más pertinente y necesario rastrear los hitos de reconciliación nacional y firma de acuerdos (como los alcanzados en años recientes entre los gobiernos de Barco y Gaviria con las guerrillas del M-19, el Quintín Lame o el Epl, entre otros). De ese modo, esos relatos cumplirían una doble función: recuperar la historia de la reconciliación -y no sólo la de las tragedias- y ofrecer elementos de comparación con el proceso de paz actual.

Los puntos aquí analizados son, a nuestro parecer, los retos que el periodismo colombiano tiene la posibilidad de asumir y que pasan por la construcción de informaciones que articulen, que relacionen las complejidades del proceso de paz en Colombia. Esto tiene que ver con la capacidad comprensiva de dicho proceso desde una mirada más cultural que judicial, y con unas narrativas menos dependientes de la

³⁴ "Plegarias, rogativas, marchas, procesiones", en Diario *El Espectador*, 8 de agosto de 1999, pág.4A.

competencia y la publicidad y más experimentadoras desde géneros más abarcadores que la simple nota descriptiva. En este sentido, son necesarios muchos más espacios informativos, especialmente en televisión, al margen de los noticieros, en los que ese periodismo de tiempos largos tenga cabida. Por otro lado, se hace necesario debatir la relación entre la publicidad y la información, teniendo en cuenta que

la segunda está consagrada en la Constitución política como un derecho, y la relación que se establece entre los periodistas que cubren el proceso y los directivos que toman decisiones en las redacciones. Por último, es necesario seguir convirtiendo al periodismo en asunto de debate por medio de una mayor interlocución entre periodistas, receptores, espacios investigativos y actores sociales.